

El tabuco romántico. Viajeros franceses y bandoleros españoles en la Andalucía del siglo XIX

Emilio SOLER PASCUAL
Universidad de Alicante

1. Introducción.

Los viajeros por la España del diecinueve, especialmente los franceses, redescubrieron España para el resto del mundo a través de unos relatos románticos donde las hermosas cigarreras de oscuro pelo azabache que hacía juego con el color de sus ojos, rompían los corazones de los soldados destinados a las guarniciones de Andalucía, o bien, describiendo minuciosamente los asaltos que los bandoleros de noble corazón y perenne galantería realizaban contra los viajeros ricos, a los que aligeraban de sus pertenencias para, en su opinión, repartirlas entre los menos favorecidos, clase social a la que los malhechores pertenecían por derecho y cuna propio.

Estos viajeros foráneos del XIX, no sólo los galos, claro, escriben sobre un país atrasado, inculto, extremadamente supersticioso, donde el absoluto poder de los pulpitos en una nación analfabeta y la abundante injusticia social campaba ampliamente por sus respetos, lo que no debería alejarse demasiado de la realidad. Nos describen unos caminos horripilantes, muy semejantes a la red viaria de la centuria ilustrada anterior y en donde permanecían casi incólumes, aunque un poco más deterioradas, la misma vías que habían construido los romanos dos mil años atrás. Cuentan como las destartaladas galeras, los coches de colleras o las incipientes diligencias siempre estaban en un tris de volcar, especialmente del lado donde no había puerta y el escape resultaba materialmente imposible. Y hablan y no acaban sobre las míseras e inhóspitas posadas donde el ingenuo transeúnte que caía en ellas encontraba habitaciones sucias, lechos compartidos con viajeros desconocidos y habitadas por numerosos e incómodos parásitos; y, por si faltaba algo, nada que cenar excepto si lo portaban ellos mismos. Sin contar las maldades en forma de asaltos o de facturas astronómicas que les eran presentadas en forma amenazadora por aquellos posaderos que hacían suyo aquel dicho tan español de “Al ave de paso, cañazo”.

Los viajeros del otro lado de los Pirineos, tan acostumbrados, por otro lado, a llegar hasta aquí a lo largo de toda la historia, quedan deslumbrados o, al menos, así lo cuentan con la maravillosa poesía de los jardines de la Alhambra, como Chateaubriand; con la apasionada forma de amar de las gitanas españolas, al estilo de la “Carmen” de Mérimée; un país misterioso y exótico, más digno de figurar al otro lado del Mediterráneo, como señala exageradamente Victor Hugo en sus “Orientales” cuando describe con cierta ligereza los minaretes de Alicante que otros viajeros posteriores jamás encontraron...

Veán, al respecto, uno de los poemas que el viajero galo Teófilo Gautier incluyó en su libro de viajes por España (Gautier, 1971) y que podría pasar perfectamente por una canciocilla satírica al estilo de las que solían George Brassens, Leo Ferré o Jacques Brel:

Carmen est -maigre- un trait de bistre / Cerne son oeil de gitane / Ses cheveux sont d'un noir sinistre, / Sa peau, le diable la tanna / Les femmes disent qu'elle est laide, / Mais tous les hommes en sont fous, / Et l'archeveque de Toléde / Chante la mece á ses genoux...

Curiosamente, fueron los mismos defectos seculares hispanos que habían eliminado a nuestro país de la ruta ilustrada del Grand Tour los que, de repente, atrajeron a la flor y nata de los literatos franceses. Todos ellos tuvieron la necesidad imperiosa de recorrer España para escribir sobre ella, tal y como antaño habían hecho sus compatriotas la marquesa d'Aulnoy, Antoine de Brunel o François Bertaut en el siglo XVII o el barón de Bourgoing, el duque de Saint-Simon y Jean François Peyron en la centuria dieciochesca.

Y es que fuera de los circuitos europeos conocidos como el Grand Tour, estos viajes no eran tan frecuentados por extranjeros y, por lo tanto, no era un objetivo primordial para los transeúntes de otros países, salvo los que tenían obligaciones diplomáticas, religiosas, militares o políticas y no tenían más remedio que visitar estas tierras. España era, hasta fines del XVIII, un país desconocido de sí mismo e inmóvil dentro de infinitos compartimentos estancos (Gómez de la Serna, 1969). Voltaire, en correspondencia con el viajero inglés Sherlock, escribía en 1766: "España es un país del que sabemos tan poco como de las regiones más salvajes de África. Pero no vale la pena conocerlo..." Enlazando con la opinión del célebre escritor francés, Nicolás Masson de Morvilliers, quien se preguntaba en un polémico artículo de la *Encyclopedie Méthodique* a fines de la centuria ilustrada: "¿Qué debemos a España? ¿Qué ha hecho por Europa en los dos últimos siglos, o en los cuatro o diez últimos siglos?" (Mestre, 1987). Masson de Morvilliers recogía los prejuicios que sentía la Europa culta y desarrollada hacia una España que había vuelto la espalda a la modernidad. Para Masson de Morvilliers y para muchos intelectuales del momento, intérpretes de una opinión extendida, España era sinónimo de país atrasado e inculto, destruido por el mal gobierno, el fanatismo y la pereza. Un viaje a España, pues, se consideraba una expedición a un país de hotentotes.

Por otro lado, los viajeros galos que en el XIX 'descubrieron' la misma España que prácticamente habían ignorado en la centuria anterior fueron multitud, entre ellos lo más granado de la literatura francesa, los que se atrevieron a venir hasta aquí o los que, en su cómodo cottage, escribieron sobre nosotros, entre otros muchos autores Chateaubriand, Victor Hugo, Valerie Gasparin, Madame de Brinckmann, Rostand, Lyonnet, Musset, Stendhal, Gautier, Georges Sand, Dumas, Mérimée, Laborde, Taine, Davillier... Pero también funcionarios, aristócratas, científicos, clérigos, músicos, políticos, mariscales napoleónicos, periodistas, poetas y pintores como Lecomte, Barrés, D'Alaux, Manet, Arago, Barrès, Bazin, Blanqui, Dembowski, Bonneze, Boucher de Perthes, la Brickmann, Chabrier, Mauclair, Poitou, Custine, Doré, Delacroix, Boissier, Desbarolles, Astruc, Didier, La Gasparin, Bégin, Dehodenq, Lambert, Bertaux, Latour, Pierre Paris (Bennassar, 1998).

Curiosamente, fueron los escritores y viajeros franceses los que se inventaron la España de charanga y pandereta plena de bandoleros generosos que asaltaban a los ricos para apresurarse a socorrer a los pobres. De entre esta extensa nómina, cuya relación exacta sería prolija, destaca por encima de todos el parisino Próspero Mérimée (Mérimée, 1845 y 1988). Escritor contemporáneo de los grandes autores románticos e

íntimo amigo de Stendhal, escribió a los veintidós años tres piezas de teatro que atribuyó a un autor español que él se había inventado, Clara Gazul. Nombrado inspector de los monumentos artísticos de Francia en 1834, viajó por toda la Europa mediterránea y el Próximo Oriente. Como quiera que mantenía una excelente amistad con la madre de Eugenia de Montijo, futura emperatriz de Francia, sus estancias en España le permitieron escribir innumerables cartas reproducidas por la *Revue des Deux Mondes* y dejarnos la novela más típica y tópica sobre nuestro país en aquel siglo XIX, *Carmen*. En su obra literaria, además de revelar su admiración por las pinturas del Museo del Prado, se tratan los tipos de temas españoles que serían seguidos y exacerbados por multitud de sus compatriotas, como el prototipo de la mujer española, representada por Carmen, la cigarrera sevillana, la influencia árabe en la península, las corridas de toros, y, desde luego, la importancia social y política de los amigos de lo ajeno:

No tengo nada que decirle de los ladrones; dicen que el país está lleno, pero yo no he encontrado ninguno. ¿De qué viven estos pobres diablos? ¡Los viajeros son tan escasos!...

Como contrapunto a tanta exageración hispana, tal vez habría que señalar el excelente trabajo literario desarrollado por el aristócrata Charles Davillier, que realizó no menos de nueve viajes por nuestro país¹ y llegó a conocerlo bastante mejor que el resto de sus compatriotas. Este caballero de Napoleón III ayudó considerablemente a difundir por Europa la riqueza artística que todavía guardaba España, a pesar del saqueo de las tropas napoleónicas durante la Guerra de la Independencia. Hasta tal punto sentía cariño por nuestro país que cuando murió se escribió que había bajado al sepulcro el francés más entusiasta admirador de España. El viaje escrito de Davillier (Davillier y Doré, 1988) por nuestras tierras tuvo su origen en una conversación entre él y el pintor Gustavo Doré. Rápidamente se pusieron de acuerdo y la revista *La Tour du monde* sufragó su itinerario por España. Doré, por su parte, que ya había realizado para la editorial los dibujos de una edición de *La Divina Comedia* se comprometió con las ilustraciones de una nueva edición de *Don Quijote de la Mancha*.

Todos estos intrépidos viajeros galos que en el XIX se aventuraron por aquí, encontraron en la compleja orografía hispana razones suficientes para escribir románticas historias donde los bandidos adquirirían una importancia crucial. Ellos (y ellas, que también las hubieron, faltaría más) soñaron con la aparición del bandolero cuando atraviesan la todavía inhóspita Sierra Morena o se acercan a la malagueña serranía de Ronda. Sueñan con él porque lo necesitan colocar en su narración para que España no deje de ser aquel país imaginado en su lejana Francia y para que, además, sus lectores, cómodamente sentados en el jardín de su mansión, puedan disfrutar con las aventuras (pocas) y desventuras (bastantes) de aquellos osados transeúntes, ellos mismos, por el pintoresco país en forma de piel de toro. Incluso transeúnte hay, como el capitán británico destinado en Gibraltar, Charles Rochfort Scott, que llegó a escribir por primera vez, adelantándose al famoso slogan de la España franquista, que “España es un país diferente” (Rochfort Scott, 1838). Para que vean.

¹ Algunos autores, citado por Felipe Torroba Bernaldo de Quirós (1958) señalan que la ocupación de anticuario de Davillier le traería a España en unas veinte ocasiones.

Algunos viajeros como Gautier, “poeta impecable” o “perfecto mago de las letras francesas”, como le motejaron sus compatriotas, y autor de un espléndido libro sobre España a pesar de que su estancia no duró más de seis meses en compañía de su amigo Eugenio Piot, se quejan que los célebres bandidos españoles han dejado de ser una realidad para convertirse en seres puramente quiméricos, una abstracción, una simple poesía. Alejandro Dumas (Dumas, 1992), padre, termina reconociendo que había recorrido ciento cincuenta leguas, de Bayona a Madrid, sin encontrar ni una sola guerrilla, ni un solo ladrón, ni un solo ratero. Lo que ya era extraño porque el bandolerismo vaya que existía.

La presencia de estas gavillas de forajidos comenzó a decrecer en cuanto la Guardia Civil, cuerpo creado en 1844 (Martínez Ruiz, 1976), controló los caminos, campos y montañas donde los bandidos tenían su teatro de operaciones y habían campado por sus respetos en décadas anteriores. Indultos, batidas y hasta ley de fugas más o menos oficiosas, con tiros por la espalda tristemente reales, fueron gran parte de los instrumentos utilizados por la Administración para tratar de poner fin a esta plaga de la que todavía algunos autores discuten sobre si fue o no lo suficientemente numerosa como para merecer la enorme atención despertada en los medios de comunicación de la época.

El indulto, como manera de eliminar de la geografía del bandidaje a estos individuos, se usó en forma generosa por las autoridades, especialmente a finales del reinado de Fernando VII. Se trataba de una medida que conllevaba algunos aspectos positivos como la de disminuir el número de bandoleros, bien porque los retiraban de la circulación o bien porque eran contratados para formar parte de los cuerpos represivos contra los otros bandidos: las prácticas de los bandoleros que todavía campaban por los caminos de España eran suficientemente conocidas por sus antiguos compañeros de profesión, que, por lo tanto, estarían suficientemente capacitados para capturarlos por aquello de que no hay peor cuña que la de la misma madera.

Pero el indulto siempre fue un recurso minoritario, aunque alcanzara a destacados bandidos, ya que lo habitual era la desaparición física del malhechor.

A Charles Davillier le llama la atención el bárbaro ritual que las autoridades solían emprender contra los bandidos: ejecutarlos y colgar sus cuartos y cabeza en aquellos caminos donde se habían distinguido por sus fechorías para que sirvieran de escarmiento. En su trayecto peninsular señala:

Aún no hace mucho tiempo era costumbre en Andalucía principalmente, que cuando un bandolero temible había sido capturado, se expusiera su cabeza en público. Se metía en una jaula de hierro en lo alto de un poste que se colocaba al borde de algún camino frecuentado...

Merced a las descripciones de los viajeros románticos del país vecino, llegados a España muchos de ellos sin conocer siquiera nuestro idioma, y de la papanatería popular, tan arraigada en nuestras desgraciadas clases sociales oprimidas secularmente, se transformaron como por arte de magia en héroes legendarios valientes y justicieros, ayudados a veces por la imaginación desbordada de algunos escritores patrios, tan fantaseadores ellos. En fin, unos forajidos que se imaginaban implacables con el rico y defensores del débil; caballerosos con las damas; hábiles jinetes; seres profundamente religiosos que se habían echado al monte por causa de un mal encuentro, generalmente

de amores, y que siempre solían salir airoso en sus enfrentamientos, bien contra sus propios compinches o contra la anatematizada Guardia Civil y la criminal Ley de Fugas.

2. Tipología del bandolero.

Richard Ford, un célebre viajero inglés por la España del XIX autor de dos magistrales obras sobre nuestro país (Ford, 1845 y 2004) nos advertía que una olla sin tocino sería tan insípida como un volumen sobre España sin bandoleros: “el ingrediente es tan necesario para el gusto extendido en nuestro mercado como el aguardiente para el jerez de importación”. Y es que viajar por la España del siglo XIX y no sufrir un ataque de malhechores resultaba un tremendo desencanto para los viajeros que deseaban codearse con *el Tempranillo*, aunque hubiera desaparecido hacía ya años. Alejandro Dumas, por cierto, antes de entrar en nuestro país ya soñaba con los bandidos de por aquí y, por si acaso aparecían en un recodo del camino, se trajo desde Francia un verdadero arsenal, tal y como indica en el libro que relata su viaje: “Llevaba tres maletas rebosantes de trajes nuevos y ropa blanca, más seis cajas que contenían carabinas, fusiles, pistolas y cuchillos de caza, todo ello en abundancia”.

Un trayecto peligroso por muchas causas, y no tan sólo por los bandoleros, tal y como señala el viajero escéptico Teófilo Gautier:

Un viaje por España, sigue siendo una empresa peligrosa y fabulosa. Hay que exponerse, tener ánimo, paciencia y fuerza; uno pone en peligro a cada paso su vida; el peligro de ir por caminos realmente intransitables para cualquier persona menos para los conductores de mulas andaluces...

Caro Baroja (Caro Baroja, 1990) ya nos avisa que en Andalucía el bandolerismo ha sido una plaga que se ha venido manifestando, a intervalos, durante los últimos dos mil años. Unas veces coincidía su reaparición con guerras civiles o internacionales y otras con crisis económicas internas y con revoluciones. La fama de los bandidos de Andalucía se remonta a tiempos antiquísimos y lo mismo sucede con las zonas donde estos forajidos desarrollaban sus lucrativas actividades: entre la correspondencia de Cicerón se ha encontrado una misiva dirigida a él mismo en la que se alude a Sierra Morena como zona plagada de malhechores. Otro famoso viajero galo decimonónico, Próspero Mérimée, justifica el bandolerismo como un enfrentamiento de las clases humildes frente a las más privilegiadas y pone en boca del pueblo la justificación de los actos de bandidaje de esta forma:

¿Uno se pregunta qué ha sido de un guapo mozo al que se ha visto unos meses antes y que era el gallo de ese pueblo? ¡Ay!, contesta una mujer; le han obligado a echarse al monte. No es culpa suya, ¡pobre chico! ¡Era tan afable! ¡Que Dios le proteja!.

3. El marco social y el medio geográfico.

No deja de ser una paradoja que la rebeldía de los campesinos echándose al monte goce de tanta admiración popular en una comunidad virtualmente esclava y por lo común pacífica. Apatía y heroísmo parecen ser las dos caras de una misma moneda que la vida del campo del siglo XIX -con sus miserables salarios cuando los había, jornadas agotadoras de sol a sol y condiciones más que infrahumanas de existencia- acabó conformando para desgracia de sus moradores. Diferencias sociales y geográficas

que se agudizaban todavía más en la sierra, con una vida muy similar a la que sobrellevaban los animales, que en el llano donde una legión de pequeños arrendatarios hacía de clase intermedia entre la gran propiedad rural y la masa de eventuales asalariados mientras cultivaban en las cuencas de los ríos fértiles los campos de olivo y viña.

Por otro lado, el grueso de la población se concentraba en ciudades, pueblos y aldeas mientras que el régimen de cultivos determinaba un tipo de poblamientos dispersos en cortijos y pequeñas aldeas. Sin olvidar, claro, que la propiedad en régimen de latifundio quedaba concentrada hasta un punto inconcebible en unas pocas y poderosas manos, la Iglesia y las poderosas casas señoriales. Y todo ello auspiciado por un régimen legal anacrónico y leonino para los que mandaban sobre vidas y haciendas desde tiempo inmemorial. En el fondo, el problema agrario andaluz fue para los gobernantes liberales -imagínense lo que sería para los políticos conservadores- “un problema de represión y de fuerza pública” (Tuñón de Lara, 1973). El latifundismo que atenazaba a los campesinos en el siglo XIX conducía inexorablemente al bandolerismo en toda su extensión más amplia: robo de ganado, asaltos, secuestros, contrabando, y un largo etcétera. Esa constante se comprobaba perfectamente a medida que se salía de las campiñas cordobesa y sevillana hacia las serranías sub-béticas y hacia los macizos de la Penibética, donde el latifundio iba cediendo espacio y terminaba por desaparecer debido a las diversas condiciones geológicas y geográficas.

El Vivillo (Vivillo, 1991), conocido maleante estepeño, intenta justificar de esta manera su muy amplia carrera de crímenes, insistiendo en la injusta situación del jornalero andaluz:

Reconcentradas las propiedades en unos cuantos capitalistas, forasteros la mayoría, los vecinos veíanse obligados a trabajar por lo que querían darle estos señores, y muchos no tenían trabajo, viéndose precisados a buscarlo en los pueblos y provincias limítrofes.

De opinión absolutamente contraria a la del *Vivillo*, se muestra una romántica viajera francesa, Suberwick y Cuendias (Suberwick y Cuendias, 1848), cuando afirma que el bandido y el contrabandista español son dos ramas de un mismo tronco pero que no se parecen en nada a los bandidos y contrabandistas de las demás naciones ya que si los ladrones franceses roban por necesidad, los italianos se hacen a menudo bandidos por venganza, y en Inglaterra se hace desvalijador por especulación, “los españoles se hacen contrabandistas y, en caso de fracaso, bandoleros por amor al arte...” Y lo peor llega cuando trata de explicarlo asegurando que el español, “sobre todo el andaluz”, está dotado de una brillante imaginación; que ama perdidamente su libertad, no la libertad política -afirma-, “de la que no entiende nada, sino la libertad de los pájaros” Afirma que si el andaluz no tiene fortuna alguna -lo que solía suceder en forma abrumadora entre la población, se hacía contrabandista o bandido.

Los viajeros extranjeros, especialmente los galos, contribuyeron a que esa mitología traspasara las abruptas fronteras españolas. Curiosamente, o no tanto, estos malhechores, bandoleros o contrabandistas, tanto monta monta tanto, son deificados por la cultura popular al publicarse numerosos folletines, romances, pliegos de cordel o novelas por entregas, que narraban historias gentiles de forajidos generosos en los que eran ensalzados hasta la saciedad por autores y lectores, gozando, incluso, del favor o de

la consentida corrupción de las autoridades pertinentes. Josephine de Brinckmann (Brinckmann, 2001), asegura:

Ser contrabandista era un estado declarado; uno se hacía contrabandista como se hace labrador o soldado, pasaba de padre a hijo, y la aduana era un objeto de total lujo para el gobierno; ésta toleraba, cerraba los ojos, abría las manos para recibir algunas pesetas, y dejaba pasar...

Quizás fue tras la Guerra de Independencia (1808-1814) cuando el bandolerismo en nuestro país alcanzó esa fama que tanto se había glorificado en la vieja Europa y, desde luego, por los viajeros foráneos que la recorrían de punta a punta. Es a partir de 1814 cuando se puede indicar sin miedo a equivocarnos que se inicia en España lo que se va a conocer como el auge de los malhechores, que perviviría hasta el primer tercio del siglo XX cuando los últimos forajidos españoles fueron abatidos por la Guardia Civil.

Teófilo Gautier comenta la “bárbara pero expeditiva acción” de las fuerzas de orden público españolas que “provocan peleas en las tabernas para asesinar a los más peligrosos y conocidos de estos miserables”. Asimismo, señala que en un pueblo ingobernable, anarquista por naturaleza, ésta es la única manera posible de hacer justicia, “ya que sobre la forma de actuar en países más avanzados tienen la misma información que la pueden tener los beduinos de África...” En ese mismo sentido, Gautier critica irónicamente las consecuencias de la represión oficial cuando contempla a su paso por Sierra Morena expuestas sobre unos pilares las cabezas de unos malhechores que solían actuar por allí: “espectáculo siempre tranquilizador y que prueba que se está en un país civilizado”. En cuanto a las numerosas cruces que encuentra en su deambular hispano y que le hace escribir que “en cada esquina del camino uno se encuentra con cruces de madera cargadas de inscripciones del estilo de ‘Aquí mataron a un hombre’, ‘Aquí murió de mano airada’, y otras por el estilo, es capaz de reconocer que en todas partes cuecen habas, hasta en su país natal: “si en Francia tuviésemos la costumbre de perpetuar con cruces el recuerdo de las muertes violentas, algunas calles de París no tendrían nada que envidiar a este camino de Vélez-Málaga”. Y acaba con una anotación cargada de pesimismo irónico:

Quizá por ahí anda escondido algún bandolero que Ome esté apuntando y que va a hacer de mí el pretexto de una nueva cruz para edificación de los que pasen por aquí y de los futuros viajes.

Interpretaciones historiográficas modernas señalan los puntos en común que tienen estos fenómenos del bandolerismo con la aparición en Andalucía, especialmente a partir de 1880, de ideas sociales reivindicativas, como el anarquismo o el socialismo, siempre enfrentadas al caciquismo sempiterno que imperaba en la zona y favorecidas, en sus luchas, por la difícil orografía del terreno donde se ocultaban y llevaban a la acción sus correrías. Bakunin, por ejemplo, afirmaba que el bandolero era un revolucionario único y genuino, “sin frases exquisitas, sin retórica oculta, irreconciliable, infatigable e indomable, popular, social, no político e independiente de todo Estado”.

En muchas ocasiones, también, el bandolerismo renacía o aparecía en lugares y en momentos en los que surgía una profunda crisis económica, siempre acompañada de

fuerte malestar social. El hambre también contribuía a provocar tal estado de cosas, claro. No hay que olvidar que a finales del siglo XIX la crisis económica que se cernía sobre España afectó al campo con muy graves consecuencias ya que la crisis de la agricultura, que ocupaba a más del 70% de la población activa, hizo que los pequeños propietarios o arrendatarios y los jornaleros se vieron sumidos en un endeudamiento progresivo y/o en la miseria más absoluta. La lucha por sobrevivir, pues, obligaba a cometer pequeños o no tan pequeños robos y las clases más desfavorecidas veían en estos bandoleros, surgidos, como ellos, del pueblo y del hambre, el azote de los ricos y la chispa que encendiera la hoguera que pudiera cambiar su penosa situación.

Un viajero galo, Henry Lyonnet (Lyonnet, 2002) que visita España a finales del siglo XIX, nos deja en su obra, fruto de los artículos escritos para la *Nouvelle Revue Internationale* sobre sus múltiples estancias en España, la descripción de una cuádruple ejecución que contempló en Jerez. Todo había comenzado una noche de enero, hacia las once y media:

Una banda de gente, descendida en su mayor parte de la sierra vecina y que se proclamaba anarquista sin tener ni idea de lo que podía ser o no la anarquía, irrumpe en la ciudad ya dormida, conducida por el zapatero *Zarzuela* y el peluquero *Lamela*. Vienen como una tromba enfurecida.

Andalucía, la ‘patria’ oficial de los bandoleros españoles del XIX, estaba sumamente condicionada por una situación orográfica que la convertía en lugar idóneo para la delincuencia más o menos organizada. Algo en lo que coincide un viajero galo y liberal, Próspero Mérimée, que se aventuró allá por 1830 por la compleja geografía española y que nos dejó, amén de su famosa *Carmen*, una muy interesante correspondencia:

La naturaleza del país, erizado de montañas, sin que se hayan abierto caminos, hace muy difícil el aniquilamiento completo de los bandoleros. Hay un gran número de aldeas aisladas, a varias millas de distancia de cualquier lugar habitado.

Y en Sierra Morena, el desfiladero de Despeñaperros, frontera natural entre Castilla y Andalucía, de inquietante aspecto según la descripción que del lugar nos dejara el viajero galo-polaco Charles Dembowski (Dembowski, 1931) a su paso por allí en 1838:

Antes de Carlos III, los moradores de la Mancha no se comunicaban con Andalucía sino por un sendero casi impracticable, que serpenteaba un poco a la derecha de Despeñaperros y terminaba al otro lado de la sierra en el pueblo de Baños, situado a poca distancia de Bailén.

Fue precisamente en esta zona de Sierra Morena donde el monarca Carlos III pudo finalmente culminar uno de los proyectos más largamente deseados: la creación del grupo de las Nuevas Poblaciones de Sierra Morena, donde, según proyecto del limeño Pablo de Olavide y según Real Cédula de 2 de abril de 1767, permitía que se acogiesen a este proyecto más de seis mil teutones que habitaron las nuevas ciudades construidas al efecto, como La Carolina o La Luisiana. Francois Peyron (Peyron, 1780),

viajero del XVIII, deja cumplida constancia del éxito repoblador de Carlos III, aunque, tal vez, con una visión un tanto optimista sobre la cruel realidad:

Estas montañas aterradoras, esa guarida de ladrones y bandidos que no se atravesaban sino temblando, se han convertido, por los cuidados y el genio de un solo hombre, en un país encantador y bien cultivado...

El viajero francés de origen aragonés Alexander de Laborde, en su segunda obra sobre España (Laborde, 1806-1820) -la primera (Laborde, 1816) sirvió de perlas a la invasión francesa de España en 1808 ya que todos los mariscales napoleónicos la llevaban en su equipaje-, deja constancia de esas nuevas poblaciones ilustradas construidas en Sierra Morena:

Las montañas de Despeñaperros, en cuya garganta peligrosa abrió el rey Carlos III un soberbio camino que pasa por Santa Elena, primera de las nuevas poblaciones que se fundaron con este motivo, la cual goza de una situación agradable...

En la segunda mitad del siglo XIX, las nuevas poblaciones, que ya no lo eran tanto, siguen llamando la atención de los transeúntes extranjeros, como Eugene Poitou.

Pero si Despeñaperros ha sido un lugar emblemático para los historiadores del bandolerismo andaluz, apenas le fue a la zaga la serranía de Ronda, donde otro ilustre viajero francófono que también pasara por esta zona, el botánico suizo Charles Edmond Boissier (Boissier, 1995), tío, curiosamente, de una gala transeúnte por España, la condesa de Gasparín (Gasparín, 1875). El herborista, camino de Sierra Nevada, visitaría la sierra rondeña en el año 1837, poco tiempo antes de que también lo hiciera su atrevida y aristocrática sobrina. Los viajeros se encuentran a cuatro campesinos de Alhaurín que guardaban vigilancia en una cabaña:

Varios robos a mano armada se habían producido últimamente en el camino; de hecho hubiera sido difícil a los ladrones elegir un escenario tan favorable como estas estepas desérticas donde se pueden tender emboscadas y escapar de cualquier persecución al llegar a la montaña.

El célebre escritor danés Hans Christian Andersen (Andersen, 1987), que viajara por España en el último tercio del XIX, no tardó en ver colmado su deseo de adentrarse en el territorio que, por otro lado, tanto temor le causara, aprovechando para dejarnos una muy curiosa anécdota del literato francés Alejandro Dumas durante su visita por España:

Antes de llegar a España, Alejandro Dumas, le envió a un conocido jefe de bandidos, un talón de mil francos para que preparase una emboscada sin mayor perjuicio ni pérdidas de vida. El bandolero contestó que había cerrado el negocio, pero del recibo del talón mandaba justificante.

Parece evidente que los transeúntes por aquella Andalucía debían de elegir entre dos graves peligros: o bien la nocturnidad y alevosía con que solían actuar los bandoleros o, lo que tal vez fuera peor, el calor. Y es que el clima también les parecía a los viajeros que visitaban España en los siglos XVIII y XIX un factor importante para el

aumento de la violencia en nuestro país. Así lo señalaba Jean-François Bourgoing (Bourboing, 1797), diplomático francés con más de doce años de estancia en España:

En Andalucía, se pueden comprobar cuan poderosas son las influencias del clima. Durante el verano, cierto viento del sureste (llamado viento de Medina) produce en esta región una especie de frenesí que hace estos excesos mucho más frecuentes que en ninguna otra época del año.

En cuanto al armamento distintivo de los bandidos españoles, el viajero inglés Richard Ford señala que un elemento inconfundible lo representaba el trabuco:

Los *ladrones* españoles van armados por lo general con un trabuco que cuelgan del arzón de la silla, de perilla muy alta, que lleva una cubierta de lana azul o blanca, como un símbolo de su deseo de esquilmar al prójimo.

El trabuco resultaba imprescindible para la lucha cuerpo a cuerpo que en muchas ocasiones se veían obligados a sostener los malhechores contra las fuerzas de seguridad ya que su disparo en abanico de la metralla que contenía hacía que de un solo disparo pudieran haber varios enemigos caídos. Esta misma cualidad del trabuco la hacía sumamente temible cuando los bandidos salían al paso de una diligencia o de algún transeúnte y a las voces de “¡Qué te tiro, qué te mato!”, secular grito de guerra de los bandoleros que se preciaban, hacía que se entregaran de inmediato sus oponentes, sabedores del carácter mortífero del trabuco. Un trabuco que, como ven, no tenía demasiado de romántico.

4. Caminos, diligencias y posadas.

España, durante esta centuria decimonónica, se empeña en un proceso transformador de su red de comunicaciones que, unido a la implantación paulatina del ferrocarril, van a llevarla por el camino de la modernización viaria. No obstante, y a pesar de los esfuerzos que se llevaron a cabo, es interesante el punto de vista de Josephine Brinckmann hacia 1849, cuando se queja amargamente del estado de la carretera que unía las ciudades de Córdoba a Sevilla:

¡Ay, Dios mío, qué carreteras! ¡y a esto se le llama carreteras reales en España! En general los españoles viajan poco, y la mala fama de sus carreteras y albergues no atrae a los turistas...

En otras ocasiones, y para evitar esfuerzos y problemas, bandoleros, viajeros y expendedores de billetes en las diligencias llegaban a acuerdos bastante favorables a ambos pagando un sobreprecio por el viaje y se evitaban, de esta forma, tener un encuentro desagradable en el camino. Se trata de lo que se llamaban “viajes simples”, en el que se dejaba al desventurado viajero a su albur y al de los salteadores de camino, según decían los avispados comerciantes, o de los “viajes compuestos”, tres veces más costosos éstos que los anteriores porque garantizaban, según insinuaban, la seguridad del viajero frente a los bandidos que tratarían de desvalijarlos. Dembowski constata este insólito acuerdo:

Por lo común, las gentes ricas y los cocheros hacen un trato con los bandoleros, y mediante un tributo semejante al que las naciones europeas pagaban en otro tiempo a las regencias berberiscas, logran viajar con toda seguridad...

En cuanto a la periodicidad viajera de estos artefactos llamados diligencias, se sabe que a principios del siglo XIX tan sólo había dos salidas semanales de Madrid a Cádiz. Se tardaban unos cinco días, con inevitables descansos nocturnos, en llegar de un lugar al otro y los precios para cada pasajero oscilaban entre los 1.000, 900 y 500 reales según fuera la plaza que se ocupaba (berlina, interior o rotonda del vehículo). Siempre rodeados de escopeteros encargados, en teoría, de evitar los desvalijamientos a los que se exponían los osados transeúntes. Eso cuando los propios viajeros no viajaban vestidos de bandoleros creyéndose, en su ingenua ignorancia, que, en caso de ser asaltados, los bandidos les respetarían al tomarlos por gente de su calaña. ¿Se imaginan a dos artistas franceses decimonónicos, Giraud y Desbarolles, vestidos de tal guisa allá por el año 1846 y pretendiendo hacerse pasar por bandoleros españoles?

Un aspecto fundamental del paisaje bandoleril español lo ponía, sin ninguna duda, las posadas. Vean la descripción de Eugène Poitou sobre una venta situada en la provincia de Málaga a donde fueron a parar los desventurados viajeros que acompañaban al viajero francés cuando la diligencia que los transportaba sufrió una avería:

Nuestro único asilo era una miserable venta. La Venta de los Arazoles -no me olvidaré nunca de su nombre-, una especie de taberna sospechosa al borde de la carretera; nos dimos por satisfechos al haber encontrado en semejante lugar un albergue cualquiera...

Situación absolutamente lamentable la de nuestras hospederías, como ya señalaba dos siglos antes la viajera Madame d'Aulnoy (Aulnoy, 1962):

Las camas carecen de cortinas; las colchas de algodón con flecos y pasablemente limpias; las sábanas, grandes como toallas, y las toallas como pañuelitos de bolsillo... Es imposible calentarse junto al fuego de las cocinas sin asfixiarse...

Las ventas o posadas españolas, de dudosa seguridad y manifiesta suciedad, hasta sus propios nombres solían expresar muy a menudo lo que eran en el fondo: la del Puñal, la del Judío, la del Moro, la de la Mala Mujer, la de los Ladrones. Y aún así, los viajeros acudían a ellas a refugiarse durante la noche... En muchas ocasiones, los peligros de las posadas, ventas o fondas españolas en el siglo XIX no tan sólo llegaban de la actitud de los propietarios, siempre dispuestos a desvalijar 'honradamente' al incauto viajero sino que, en muchas ocasiones venían desde el interior de las mismas cuando sicarios a sueldo o comisión de los forajidos, observaban atentamente la llegada de algún extranjero para caer sobre él y desplumarlo literalmente.

Algo así es lo que nos cuenta un viajero francés contemporáneo de la d'Aulnoy, Raimundo de Lantery (Lantery, 1949), sobre su negativa experiencia en un mesón andaluz:

No entramos en la venta porque supimos que el ventero era un gitano muy picarón con más bigotes que guedejas, y que era espía de los ladrones y que iban a la parte, que me espanta que la justicia sufra eso, que un gitano sea ventero, pero yo creo que la justicia come con ellos...

Aunque la más radical de las tipologías hoteleras en la España del XIX es la que ofrece el inglés Richard Ford:

Las posadas de la Península, salvo raras excepciones, se han clasificado de tiempo inmemorial en malas, peores y pésimas; y como las últimas, al mismo tiempo que las más malas son las más numerosas y castizas, durarán hasta la eternidad...

De similar irónica opinión a la de Ford era la de Teófilo Gautier al tildar de ‘nuevos bandoleros’ a los posaderos españoles asegurando que no era en el camino donde estaba el peligro. Se encontraba más bien, asegura el francés, al borde, en el albergue, donde se despoja al desprevenido cliente y sin que, a cambio, “tengáis derecho a recurrir a las armas defensivas ni poder disparar un tiro de carabina al mozo que os trae la cuenta”.

Otra descripción del viajero galo Théophile Gautier, que pasó más de seis duros meses en España y probó casi todo tipo de alojamientos, nos deja una siniestra impresión sobre una posada española en la Luisiana, en plena Sierra Morena:

Cenamos en una posada de bastante mal aspecto, en la que había más provisión de escopetas y trabucos que utensilios de cocina. Unos perros monstruosos seguían todos nuestros movimientos con obstinación, y daban la impresión de esperar una simple señal para deshacernos a mordiscos.

Afortunadamente, los temidos canes no hicieron presa en Gautier y sus acompañantes y éstos pudieron continuar viaje y, tiempo después, dejarnos cumplida cuenta de su viaje por España.

Bibliografía

- ANDERSEN, Hans Christian (1987). *Viaje por España*. Madrid: Anaya.
- AULNOY, Madame d' (1962). *Viaje por España*. Madrid: Akal.
- BENNASSAR, Bartolomé y Lucile (1998). *Le voyage en Espagne*. Paris: Robert Laffont.
- BOISSIER, Charles Edmond (1995) *Viaje botánico al sur de España durante el año 1837*. Granada: Universidad de Granada.
- BOURGOING, Jean Francois, Barón de (1797). *Tableau de l'Espagne moderne*. 3 vols. Paris.
- BRINCKMANN, Joséphine de (2001) *Paseos por España (1849 y 1850)*. Edición de María Luisa Burguera. Madrid: Anaya
- CARO BAROJA, Julio (1990) *Ensayo sobre la literatura de cordel*. Madrid: Istmo.
- DAVILLIER, Charles, Gustavo DORÉ (1988). *Viaje por España*. 2 vols. Madrid: Grech.
- DEMBOWSKI, Carlos (1931). *Dos años en España y Portugal durante la Guerra Civil. 1838-1840*. Madrid.
- DUMAS, Alejandro (1992). *De París a Cádiz*. Madrid: Sílex.
- FORD, Richard (1845). *Handbook for travellers in Spain*. London.
- FORD, Richard (2004). *Cosas de España*. Prólogo de Emilio Soler. Barcelona: Ediciones B.
- GASPARIN, Condesa Valerie de (1875). *Paseo por España*. Valencia.
- GAUTIER, Teófilo (1971). *Viaje por España*. Prólogo de M. Vázquez Montalbán. Barcelona: Mateu.
- GÓMEZ DE LA SERNA, Gaspar (1969). *Los viajeros de la Ilustración*. Madrid: Alianza.

- LABORDE, Alexander de (1806-1820) *Voyage pittoresque et historique de l'Espagne*. 4 vols. Paris.
- LABORDE, Alexander de (1816). *Itinerario descriptivo de las provincias de España*. Valencia: Cabrerizo.
- LANTERY, Raimundo de (1949). *Memorias de un mercader de Indias en Cádiz. 1673-1700*. Madrid.
- LYONNET, Henry (2002). *La España desconocida*. Madrid: Anaya.
- MARTÍNEZ RUIZ, Enrique (1976). *Creación de la Guardia Civil*. Madrid.
- MÉRIMÉE, Próspero (1845). *Carmen*. Paris.
- MÉRIMÉE, Próspero (1988). *Cartas de España*. Madrid: Aguilar.
- MESTRE, Antonio (1987). *Influjo y herencia europea*. Madrid: Gredos.
- PEYRON, Francois (1780). *Essais sur l'Espagne. Voyage fait et 1777 et 1778*. Paris.
- ROCHFORD SCOTT, Charles (1838). *Excursions in the Mountains of Ronda and Granada...* London.
- SUBERWICK y CUENDIAS, Madame de (1848). *L'Espagne pittoresque et monumentale*. Paris.
- TORROBA BERNALDO DE QUIRÓS, Felipe (1958). *Franceses en España*. Madrid.
- TUÑÓN DE LARA, Manuel (1973). *La España del siglo XIX*. Barcelona: Ed. de Bolsillo.
- VIVILLO (1991). *Memorias del Vivillo*. Barcelona.